

De Christine de Pisan (1364-1430) y la “Querelle des femmes” a Louise Labé (1524?- 1566) y su “Epístola dedicatoria”: por una genealogía del feminismo en el Renacimiento francés¹

From Christine de Pisan (1364 - 1430) and the *Querelle des femmes* to Louise Labé (1524?-1566) and her *Épître dédicatoire*: a Genealogy of Feminism during the French Renaissance

MARÍA DOLORES BALLESTEROS GARCÍA

Universidad de Granada

España

lolballesteros@yahoo.es

(Recibido: 03-09-2015;
aceptado: 04-11-2015)

Resumen. Actualmente, se habla con normalidad de la educación como un derecho; pero la lucha ha sido ardua para que esto se aceptara, concretamente en el caso de las mujeres, como algo esencial. Durante mucho tiempo, las mujeres han estado recluidas -porque era natural, lógico y legal-, al espacio interior del hogar y de ellas mismas; pero el saber es humano, no pertenece a nadie, aunque se codificara como un monopolio masculino.

En esta época de cambio ideológico y crisis -siglos XV y XVI: paso del sistema de linaje feudal a la concepción burguesa del alma y del sujeto-, muchas mujeres cogieron la pluma para legitimarse a través del conocimiento. De la lucha de Pisan, defendiendo la escritura femenina, a la llamada de Labé a la rebelión intelectual de las mujeres, se detecta un profeminismo.

Abstract. Nowadays the right to education is taken for granted. However, the fight to make it as accepted has been hard but essential, especially in the case of women. For a long time women have been imprisoned in their own homes and within their inner selves, as it was considered natural, logical and legal. But human knowledge belongs to everybody, even if it used to be considered a masculine privilege. As a period of crisis and ideological change, the Renaissance replaced the feudal system of lineage with the bourgeois concept of soul and assertiveness. It was then when many women started to write in order to legitimate themselves as intellectuals. Pisan's defence of female writing and Labé's call to female intellectual rebellion can be considered as a kind of profeminism.

Palabras Clave: *Literatura; mujeres; lectura; escritura; feminismo.*

Keywords: *Literature; women; reading; writing; feminism.*

¹ Para citar este artículo: Ballesteros García, María Dolores (2015). De Christine de Pisan (1364-1430) y la “Querelle des femmes” a Louise Labé (1524?- 1566) y su “Epístola dedicatoria”: por una genealogía del feminismo en el Renacimiento francés. *Álabe* 12. [www.revistaalabe.com]
DOI: 10.15645/Alabe.2015.12.8

1 - Introducción

Para estudiar este periodo como genealogía del feminismo -aquí entendido en la literatura como expresión de dos escritoras que defendieron a ultranza la autoridad de la voz de las mujeres, exhortándolas al estudio -, tengamos en cuenta lo que la erudita de principios de siglo XV, Christine de Pisan, escribió instando a las mujeres a recoger cuantos pequeños saberes pudieran y considerarlos como un gran tesoro (Pernoud, 1982)².

Muchas generaciones de mujeres han creído que la tiranía patriarcal era absoluta e irrefutable, pero, ya hacia el siglo XI, algunas mujeres se mostraron incapaces para asimilar la lección de su estatus secundario, incluso dentro de la iglesia.

Pero para desafiar de manera satisfactoria la subordinación a la que estaban sometidas y afirmar el valor de su inteligencia, las mujeres tenían que lograr acceder a los procesos de definición y elaboración del significado, tenían que saber leer, estudiar y debatir: si eran cultas tenían armas con qué defenderse. El estudio se convirtió en campo de batalla y fue adquiriendo una importancia crucial.

Las mujeres como grupo siempre han tenido su propio tipo de espacio derivado de la práctica de ritos y tradiciones compartidas con otras mujeres como los rituales de fertilidad o de tipo sexual en el este de Europa; o en África, donde los antiguos modelos tribales otorgaban a las mujeres derechos y libertades que en resto del mundo habían desaparecido a favor de la mitología (Miles, 1989).

En Occidente, tras la imposición del monoteísmo, la principal vía de escape para las mujeres en el mundo del saber, consistía en encerrarse en una comunidad religiosa (tanto el budismo como el hinduismo y el Islam contaron con sus propias hermandades religiosas en los inicios de la época moderna). Pero es en Oriente donde se observa un ejemplo clásico de cómo en ocasiones las reglas patriarcales favorecieron a las mujeres, como por ejemplo, la tradición japonesa de la escritura femenina: Murasaki, viuda y escritora y situada por su padre en la corte con la orden de entretener al emperador, escribió la primera novela del mundo, el *Cuento de Genji*, a principios del siglo XI, edad de oro de la creatividad femenina japonesa.

En Europa, los conventos constituyeron el único camino autorizado que permitía escapar a la tiranía del matrimonio forzoso y a la imposición de la maternidad. En oposición a la noción de la vida recluida de las religiosas, se observa la importancia que tenía cada casa de mujeres dentro de su comunidad, lo que permitía a las mujeres que la dirigían poder entrar en el ámbito público, tomar responsabilidades e introducir cambios.

Las comunidades de mujeres se destacaron por su actividad intelectual, manteniendo vivo un saber que incluía los elementos de todas las artes y las ciencias conocidas. Baste recordar a Hildegarda Beckelheim, fundadora de las ciencias naturales y de la psicoterapia. Fue abadesa del convento de las benedictinas de Disenberg (1136) y escribió,

² Traducción propia. Si no se especifica lo contrario, las traducciones al español son mías.

entre otras, *Physica o liber simplicis medicinae o Causa curae o liber compositae medicinae*, donde trata de las enfermedades, de los métodos de diagnóstico y de la influencia del sistema nervioso en los fenómenos vitales; o Hildegarda de Bingen, consejera política de Enrique II y del Papa, que se distinguió en las áreas de la medicina, historia natural, mineralogía, cosmología y teología. Fue una dotada música, escribiendo poemas, biografías y autos sacramentales (Pernoud, 1980).

La opinión despectiva acerca de la inteligencia femenina se mantuvo, alimentando el peligroso mito de que el cerebro de las mujeres era tan débil como se suponía que eran sus cuerpos.

Las mujeres no tuvieron acceso a ningún tipo de educación y pagaron muy caro su falta de conocimiento, puesto que su ignorancia sirvió para confirmar su inferioridad. Se combinaron los temores hacia el cuerpo de la mujer, hacia su mente frágil y hacia la brutal perversidad de su estupidez, lo que provocó el genocidio que fue la caza de brujas durante unos siglos que contemplaron el aumento del poder político de las mujeres en todo el mundo. Valgan algunos ejemplos:

962. Adelaida se convierte en reina de Italia y emperatriz del Sacro Imperio Romano.

1.226. Blanca de Castilla, reina de Francia, se convierte en regenta de su hijo, Luis, y domina la política europea durante el siguiente cuarto de siglo.

1.462. Nace Ana de Beaujeu, princesa de Francia, más tarde reina de los Borbones y soberana de facto de Francia por cuenta de su débil hermano Carlos VIII.

1.476. Nace Ana de Bretaña, soberana de sus propios territorios desde la edad de once años, y posteriormente también de Francia a través de su matrimonio con dos reyes ineficaces.

1.530. Nace Grainne Mhaol (Grace O'Malley), princesa irlandesa, jefe guerrera y comandante naval en la contienda contra la invasión inglesa.

Tales mujeres fueron excepcionales pero contribuyeron a unos cambios que aseguraron que una mujer no tuviera que ser reina para gozar de respeto. El culto del amor cortés desafió a una iglesia hostil, exaltó a las mujeres, afirmó el valor de la pasión romántica no religiosa y glorificó las relaciones sexuales donde las mujeres tenían ventaja. Beatriz de Díaz (la condesa de Die) o Leonor de Aquitania consiguieron demostrar el valor de las mujeres a través de sus cualidades espirituales de constancia, cultura y devoción. Y poetas como Marie de France, de profundo talante lírico y narrativo, influyeron en el curso de la literatura europea (de Cuenca, 1990).

Gracias a la literatura, y en concreto en el primer renacimiento, muchas mujeres tomaron la pluma y, con ella, el poder para definirse. El principal motivo era la costumbre del matrimonio forzoso, como lo muestran las obras de Héloïse de Crenne, autora de la primera novela psicológica en francés: *Les Angoyesses qui procédent d'Amour, contenant trois parties composées par dame Héloïse de Crenne laquelle exhorte toutes personnes á ne pas suivre folle amour* en 1.538; o Jeanne de Flore, *Contes Amoureux, touchant*

la punition que faict Vénus de ceux qui condamnent et méprisent le vray amour, en 1.541, o incluso el *Débat de Folie et d'Amour* de Louise Labé en 1.555, poeta, música, amazona y líder de la llamada “Escuela Lionesa” de poesía. Tal y como esto indica, al poco tiempo de haber accedido públicamente al mundo de las letras (sin olvidar el invento de la imprenta, que permitió una edición y difusión de las obras más ágil), las mujeres demostraron poseer versatilidad y poder intelectual. Aunque la empresa no fue fácil; algo que ilustra la persistente lucha intelectual de Christine de Pisan en la “Querelle des femmes”.

Christine de Pisan

Nacida en Venecia hacia el año 1.365, era hija del astrólogo y médico Tommaso de Pizzano, procedente de la Universidad de Bolonia, muy avanzada intelectualmente. Fue embajador en la corte de Carlos V de Valois y su consejero científico y médico personal, por lo que se instaló en palacio junto con su familia -y al que se le atribuye el encargo de muchos tratados de cosmología, medicina y cirugía que, traducidos del árabe, provenían de Bolonia-.

El rey ordenó que fuera educada como una princesa. En el palacio de Saint-Pol (parte del Louvre) cuyo ambiente humanista le permitió el acceso a los libros de la Bibliothèque Royale -propiedad de la Corona y hoy Bibliothèque de France-, entre ellos las obras de Aristóteles y los tratados de cosmografía; supo rodearse de seculares y humanistas eludiendo hábilmente a los clérigos de la Sorbonne (recordemos que, desde su fundación, se estableció el veto contra el acceso de las mujeres a la Universidad).

Su madre era hija también de un sabio: el anatomista Mondino de Luzzi; círculo familiar y Corte que le permitió cultivar un espíritu crítico, de libre examen y basado en la experiencia, algo que en su libro *Ciudad de las mujeres*, reivindica fervorosamente: la experiencia que las mujeres poseen de su propio cuerpo sirve para contrarrestar el discurso misógino de la autoridad masculina -fundamentalmente, los tratados médicos y las doctrinas eclesiásticas-. Viuda a los veinticinco años de Estienne Chastel, notario del rey, con una extensa familia que mantener y víctima de usureros -el rey había dejado de pagar y unos mercaderes le robaron la dote de sus hijos- comienza una larga y ardua pelea de juicios y pleitos para recuperar parte de sus bienes. Todo esto y la muerte de uno de sus hijos, terminaron de templar su espíritu de “femme des lettres” y, encerrándose en su estudio, se dedicó a escribir. Además, entró en liza con los escritores del siglo XV, cambiando su estatus intelectual y su discurso literario para situarse en el campo de la reflexión, de la historia de las mujeres y de la política.

Fue una erudita, escritora profeminista y pacifista y la primera mujer que se ganó la vida escribiendo; en su extensa obra defendió infatigablemente a las mujeres sosteniendo apasionadamente la creencia en el derecho de las mujeres a la educación y que si fuera costumbre enviar a las niñas a la escuela y enseñarles las mismas materias que se enseña a los niños, aprenderían igual de bien y entenderían la sutileza de todas las artes y

ciencias. Es más, tal vez las entenderían mejor, puesto que siendo el cuerpo de las mujeres más blando que el de los hombres, su entendimiento es más agudo. No hay nada que enseñe tanto a una criatura razonable como la experiencia de muchas cosas diferentes (Pernoud, 1982).

Tan importante era el tema de la enseñanza para las mujeres que, personalmente, se vio envuelta en una intensa contienda literaria: la llamada “Querelle des femmes” cuyo origen se situó en la continuación dada por Jean de Meung al famoso *Roman de la Rose*, -finales del siglo XIV y principios del XV-.

La 1ª parte de este libro fue compuesta hacia 1.245 y es la obra, por excelencia, del amor cortés; su autor fue Guillaume de Lorris, cultivador de una poesía alegórica donde el poeta, a lo largo de un sueño, utiliza el tema de la búsqueda y penetra en un jardín donde reina una rosa que se convierte en el objeto de su deseo; para acercarse a ella, el poeta debe vencer, conducido por “Bel Accueil” (“Bella Acogida”), a una serie de enemigos -todos, sentimientos personificados-. En el momento en que asedia el castillo de “Envidia”, el amante se calla bruscamente y el poema queda inacabado.

Hacia finales del siglo XIII, Jean de Meung, un estudiante universitario de París, añade el final del *Roman de la Rose*.

Esta 2ª parte, larga y densa -más de 18.000 versos-, no pone en escena más que abstracciones como “Razón”, “Naturaleza”, y el personaje llamado “Genio”, intelecto del intelectual; enuncia sobre el hombre y su comportamiento las doctrinas de análisis y deducciones desarrolladas, a partir de ese momento, por la Universidad de París.

Aquí, la búsqueda amorosa ha desaparecido totalmente y el desprecio hacia la mujer es profesado abiertamente, sosteniendo que el amor no es más que la satisfacción de los instintos del macho.

Este paso del intelecto al instinto defendido por Razón, marca en las letras el advenimiento de una mentalidad nueva: la del profesor que diserta, la del universitario cuyos diplomas lo ponen a cubierto de toda sospecha, consciente de poseer el monopolio de la autoridad científica, del razonamiento lógico y de la maestría sexual. Se observa cómo la Universidad, desde su nacimiento, manifiesta una tendencia al monopolio. Y es que ya a principios del siglo XIV varias mujeres que ejercían la medicina fueron perseguidas por no poseer el diploma de medicina de la Universidad de París, pero, ¿cómo obtenerlo si las mujeres no tienen acceso a las clases universitarias? Desde este momento, serán excluidas del mundo médico (Pernoud, 1980).

A lo largo del siglo XIV, el saber es ya un dominio reservado a los hombres, que ejercen también el poder político (cuando la Universidad fue consultada respecto a los asuntos de sucesión real, fueron estos profesores quienes hablaron de una “ley sálica”: ley de los francos salios - exclusión de las mujeres de los derechos de sucesión del trono - vigor desde el siglo VII). Los profesores de la Universidad se consideraban designados también para solucionar los asuntos internos de la Iglesia (caso del papa de Avignon

contra el papa de Roma): en el *Roman de la Rose*, Jean de Meung proclamaba que la Universidad poseía la “clave de la Cristiandad”. En estas circunstancias y a este personaje que encarna la autoridad de la Universidad, es a quien de Pisan osa atacar.

Reivindicación femenina

Ella había compuesto en 1399, el poema *Épître au dieu d'Amour* donde presenta las reivindicaciones de las mujeres (como lo había hecho en su balada a favor de las viudas). Parodiando el estilo de los tribunales de justicia, expone las quejas de las mujeres:

A los caballeros “falsos amantes” que son aquellos que engañan, fingen amar, lloran y suspiran. El honor de las damas, antes tesoro secreto del amante, se halla hoy pisoteado.

A los clérigos que acusan a las damas de ser “mentirosas, variables, inconstantes y ligeras”. Contra ellos, Christine invoca los ejemplos de Medea, Dido, Penélope...

Las mujeres son por naturaleza buenas (¿quiénes son los que hacen la guerra, los que saquean, los que matan?) e intentan poner paz en los conflictos. La pérdida de los valores de la Cortesía borra el papel de la mujer; se asiste progresivamente a la imposición de la fuerza física que no concederá ningún elemento de ternura ni dará prioridad a la transmisión de la vida, al respeto por los débiles, pues era esto lo que representaba el culto a la mujer bajo la expresión poética que se la había dado desde el siglo XI (la Cortesía: las Cortes de amor).

Ella, viuda que ha debido batallar en mil procesos judiciales y escribir siempre para asegurar el mantenimiento de su hogar, ha visto cómo se ha ido produciendo un cambio en las costumbres; cómo, de ahora en adelante, entre hombre y mujer solo existen relaciones de fuerza donde inevitablemente la mujer está vencida. De Pisan clama a sus contemporáneos que un caballero deja de serlo en el momento en que no pone su fuerza al servicio de los débiles; la caballería ya no es más que un pretexto para desfiles y torneos donde lo único que se satisface es la vanidad masculina.

El mal está también presente en la esfera de los intelectuales. El dios de Amor ataca la segunda parte del *Roman de la Rose*: es anti-cortés por excelencia y es un alegato contra las mujeres donde el autor denuncia exhaustivamente sus argucias, coqueterías y maneras de arruinar a los hombres que se enamoran de ellas. ¿Su belleza? Es sólo la de sus atavíos ¿su vida? Nada más que intrigas, traiciones, envidias.

Las mujeres son unas inconscientes, y lo que debe hacer el hombre es obtener placer de ellas y escuchar la naturaleza que las ha hecho “todas para todos y todos para todas”; no hay más que ver retozar en los prados a las vacas y los toros, los corderos y las ovejas para demostrar que el amor no existe. Jean de Meung, desde finales del siglo XIII, concibe a la mujer distracción-del-intelectual.

De Pisan subraya también la grosería de sus expresiones. ¡Qué lejos de la elegancia del lenguaje del amor cortés!

Su poema enfada a los universitarios parisinos porque Jean de Meung es un personaje importante. El preboste de Lille y secretario del rey, Jean de Montreuil, redacta un tratado donde alaba al autor y lo envía a de Pisan y a un clérigo notable. En respuesta, ella manda un escrito a Gontier Col, preboste de París, donde expone cómo el *Roman de la Rose* difama a las mujeres: ¿de qué crimen se les puede acusar? Se habla de las mujeres que engañan a sus maridos pero no de aquellas que tienen “malos maridos”, o de las viudas asediadas por los deudores, o de aquellas de quienes los hombres se aprovechan porque son jóvenes y bellas. Vuelve a citar ejemplos sacados de la Biblia: Sara, Rebeca, Ester, Judith, y de la vida: la reina Jeanne, la reina Blanche, la duquesa de Orléans, la duquesa de Anjou...

A las tonterías difundidas por el personaje “Genio”, ella opone la experiencia. Jean de Montreuil contesta diciéndole que se enmiende y confiese su error, ella vuelve a responder...

Este intercambio de correspondencia se hace público y se acusa a de Pisan en tratados llenos de desprecio misógino. Pero Jean Gerson (canciller de la universidad de París y de Notre Dame) se encuentra conmocionado. El duque de Orléans organiza la Fiesta de la Rosa, donde se decide crear la orden de la Rosa y donde los hombres juran defender el honor de las damas (Capitani, 2009):

A buen Amor juro y prometo,
Y a la flor llamada Rosa,
A la valerosa diosa Lealtad,
Que nos trae esta noticia,
Salvaguardar la fama de cada dama,
Protegerla en cualquier circunstancia,
Y no difamar jamás a una mujer.
Y con este fin, tomo la Orden de la Rosa.

La escritora compone el *Dit de la Rose*, triunfando así en el objetivo de conmover en dicha contienda a los grandes de esa época, estableciéndose así una corriente caballeresca que hace renacer el tiempo de las Cortes de Amor.

Ella escribirá incluso a la reina y al preboste de París pidiendo su intervención para que apoyen su causa. Así, la “querelle” continuará, de un lado y de otro, durante varios años.

Jean Gerson termina su tratado contra el *Roman de la Rose* donde Castidad suplica al personaje llamado “Loco Enamorado” que no continúe difamando y ofendiendo a la dama Razón. A causa de esto y de su defensa de las órdenes mendicantes (la Universidad prohíbe el ejercicio de la enseñanza a franciscanos y dominicos) tendrá que buscar la pro-

tección del duque de Borgoña porque sus compañeros le atacan furiosamente, -¡curiosa reacción la de la Universidad, nacida de la voluntad de libertad y pronto mutada en espíritu de monopolio!-.

Otro canónigo de París, hermano de Gontier Col, interviene en esta “querelle” y envía una carta a de Pisan donde intenta destruir, uno a uno, sus argumentos contra Jean de Meung. La acusa de haber leído superficialmente el *Roman de la Rose* y de haberse lanzado atolondradamente en una contienda literaria sin haber comprendido la obra.

La poeta vuelve a tomar la pluma y desmonta, infatigable, estas acusaciones. Una vez más, ella alude a la Biblia y a la historia de Adán y Eva; Jean de Meung ha utilizado un lenguaje licencioso, ha ridiculizado a la mujer, ha incitado a los lectores a satisfacer sus pasiones sin ningún respeto por la pareja. Todo en sus versos es decepción fraudulenta. En cuanto a ella, ella cree en el amor, “muchos han amado lealmente sin engañar ni ser engañados y por esto, han sido célebres y respetados”. Es otra vez, el ideal caballeresco (Lemarchand, 2000).

Jean de Meung no sabe lo que es el amor, lo que ha predicado de él es su parodia. Dirá, para acabar, que no va a escribir más sobre esto pues sería como “intentar beber todo el Sena”. Como autoridad, la Universidad impone la obra de Dante.

Pierre Col no responderá más y de Pisan continuará sus escritos en verso: baladas dirigidas a la reina y rondós para el preboste de París. Jean Gerson, inspirándose del *Roman de la Rose*, a través de sus sermones, incitará al público que escucha a la educación de la sexualidad.

Por su parte, Jean de Montreuil escribirá todavía algunas epístolas manifestando la indignación que le produce el que una “simple mujer” se haya atrevido a atacar a un doctor que la universidad ha colocado sobre un pedestal; pero apenas tendrán eco. Así es como termina la primera querrela contra las mujeres en los primeros años del siglo XV.

De Pisan es testigo, en este caso no silenciado, de la mutación que se opera en su época: al reinado del caballero le sucede el del profesor, el del intelectual que se distancia definitivamente de aquellos que no tienen acceso a su sistema de abstracciones, definiciones y principios: las mujeres, el pueblo (todo lo que no es Universidad). Esta distancia será cada vez más grande donde Universidad y Parlamento serán, con el apoyo de la Monarquía, los pilares y la justificación del régimen de la Ley.

La época de de Pisan es aquella en que la tradición se borra poco a poco frente a la Ley que, convirtiéndose en Código, hará desaparecer literalmente a la mujer. ¿Qué queda? El conocimiento y, en ese momento de crisis -ascensión de la ideología burguesa que reemplazará la sangre y el linaje feudal por la noción de alma, garantía de igualdad, y la constitución del individuo, sujeto que decide (Rodríguez, J-C, 1990)- y apertura del mundo, acceso más fluido a los libros y la voz de las mujeres que, metáfora deportiva, “recogen el testigo” de la *Ciudad de las mujeres* y escriben y se apropian y subvierten el discurso masculino, con estrategias de una suma delicadeza para poder constituirse en sujeto. De Pisan firma contundente: MOI, CHRISTINE. Recordemos su principal argumento en la “Querelle des femmes”: Si las mujeres hubieran escrito los libros, lo habrían

hecho de otra forma porque ellas saben que se las acusa en falso- proyecto del que Labé se hará eco: “escribamos nuestros propios libros”³.

Queda la escritura (el discurso femenino no cae en el vacío, otras mujeres seguirán escribiendo, como por ejemplo la española Sor Isabel de Villena -abadesa del convento de la Trinidad de Valencia desde 1.463 hasta 1.490- que en su libro *Vita Christi* presentará su visión de la vida de Cristo donde las protagonistas son las mujeres que vivieron cerca de Cristo).

Queda la poesía. Para las mujeres, la poesía no es un lujo, sino la forma que ayuda a dar nombre a lo innombrable para poder pensarlo; a principios del siglo XVI Louise Labé, burguesa de Lyon, rimará en “françois”, los sentimientos amorosos femeninos y en su *Epístola dedicatoria*, exhortará a las mujeres a la rebeldía intelectual, con el objetivo de igualarse a los hombres.

Pero hasta que uno de los lemas de Christine de Pisan, “las mujeres no empeoran con la educación”, no llegara a reconocerse de forma general, las mujeres seguían atendiendo a sus maridos, hogares e hijos; domesticadas en el espacio privado.

Su voz no deja de sonar enunciando algo que hoy todavía no está aceptado universalmente: el derecho de las mujeres a la educación.

Louise Labé y su “Epístola Dedicatoria”

El tema principal de la “Epístola Dedicatoria” es el elogio del saber y de las satisfacciones durables que el estudio procura, opuesto a los placeres efímeros de los sentidos; tema apreciado por los autores de la Antigüedad Latina y que, a partir de Boccaccio, el Humanismo italiano consideró como un factor importante de emancipación femenina e incluso social: la cultura.

La mujer en la literatura es objeto o sujeto de ficción; en la Edad Media, ella es más bien un objeto literario pero en el caso de Louise Labé, es sujeto. Se trata de la voz de una escritora que pertenece a las filas de la nueva clase social emergente y rica, la burguesía, inscribiéndose en un tiempo donde la vida era renovación y metamorfosis, descubierta en su proceso ambivalente. La idea-imagen del Renacimiento posee el deseo de cambio en un tiempo fecundo, rico y ambiguo que asistió al (re) nacimiento de la escritura femenina; y en Lyon ya no en latín sino en “françois”, la lengua vulgar.

La prosa de Louise Labé carga la lengua de una vibración intensa y afectiva uniendo las músicas del sonido y del significado a las sustancias de las palabras. La “Epístola Dedicatoria” precede el conjunto de su obra (la obra en prosa *Débat de Folie et d’Amour*; tres elegías y veinticuatro sonetos), dedicada a una joven aristócrata que cultivaba asimismo la poesía aunque falleció joven -Clémence de Bourges- y dirigida a las mujeres. Su estilo posee gracia, sobriedad, originalidad, sinceridad (1ª parte), siendo también repe-

³ Entrecorillado propio.

titiva, oscura y alambicada (2ª parte) aunque ganan la variedad y espontaneidad pues L. Labé ha vivido y expresado sus ideas en un tiempo muy concretos: Lyon, principios del s. XVI. Tiempos donde los poetas de la Pléiade se identifican al poder político a través de la literatura y donde los verdaderos fundadores del “françois” (la llamada “Ecole Lyonnaise”: Clément Marot, Pernette de Guillet, Antoine Héroët, Louise Labé...) son relegados recuperando la Contrarreforma, en provecho propio, esta revolución lingüística que había combatido: el uso escrito del “françois”.

En esta primera mitad de siglo, se esboza una nueva forma de complicidad en el doble registro de la confidencia y de la emulación, lo que fortalece la amistad femenina con aspiraciones comunes frente a las interdicciones, destacando el acceso al saber y a todas las formas de expresión social. L. Labé muestra una solidaridad que prueba la “cierta libertad” de la que gozaba la aristocracia (libertad estrecha puesto que se limita a esa capa social), y libertad relativa en su caso (contrae matrimonio con un artesano como su padre) pues las alianzas obedecen a una sociedad jerarquizada con fuertes restricciones.

Labé se rebela a su condición social y al destino de su sexo dedicando su obra a Clémence de Bourges, aristócrata (poeta cuyos versos son desconocidos; sufre el destino de la mujer enamorada ya que, según sus contemporáneos, murió de pena en la “flor de la edad” al morir su amado), y mostrando que son las mujeres las que realizan las dos partes del diálogo amoroso.

Si las mujeres no se mostraban de buen grado solas en público en esta época suelen elegir una guía que las anime y acompañe en el espacio público, un alter ego-; más temerario era, en el caso de una burguesa, lanzarse a la aventura de la publicación, pues es una de las primeras mujeres en publicar en vida; aventura es también el hecho de situar su obra bajo la protección de una joven más bien que de un hombre influyente (en ese momento la Sorbonne acusa de herejía las obras de Margarita de Navarra, hermana de François I, sancionando así el nuevo “pecado” femenino de la escritura).

La aventura va aún más lejos: ser la única mujer de su tiempo que publica un texto de prosa poética, lenguaje de la novedad y símbolo del ennoblecimiento de lo “vulgar” a través de la palabra (Berriot, 1985). Tanta audacia tiene su contrario en la humildad de Labé dirigiéndose a una joven para que acepte servirle de guía en su proyecto de presentarse en la escena pública poniendo su fe en los valores femeninos. Pero ni la protección de la familia de de Bourges ni el privilegio del rey consagrando el mérito de sus obras, le ahorrarán injurias, siendo esta “Epístola” una singular mezcla de presunción y humildad, de valor y timidez, revelándonos un “espíritu independiente, un individualismo muy desarrollado y un gusto por los estudios extraordinario incluso en nuestros días” (Koczowski, S-P, 1925: 56).

EPISTOLA DEDICATORIA ⁴

A la señorita Clémence de Bourges Lionnoise

Llegado el tiempo de que las severas leyes de los hombres no impiden ya a las mujeres aplicarse a las ciencias y a las artes, opino que aquellas que tienen la condición, deben emplear esta honesta libertad que antaño nuestro sexo deseó tanto, en cultivarlas y mostrar a los hombres el equívoco en el que estaban [su error respecto a nosotras] al privarnos del bien y del honor que éste nos podría procurar: y si alguna consigue poner sus ideas por escrito, hágalo cuidadosamente y no desdeñe la gloria y con esto se adorne en lugar de con cadenas, anillos, y suntuosos vestidos: lo que no podemos considerar como propios más que por el uso. Pero el honor que la ciencia nos podrá procurar, será enteramente nuestro: y no nos lo podrán quitar ni por argucia de ladrón, ni por la fuerza del enemigo, ni por el paso del tiempo.

Si los cielos me hubieran concedido una inteligencia lo bastante grande para estudiar lo que me interesaba, serviría en esta exhortación más de ejemplo que de admonición. Mas habiendo pasado parte de mi juventud ejercitándome en la Música y encontrando corto el tiempo del que disponía para la rudeza de mi entendimiento y no pudiendo disponer de mí misma como quisiera para satisfacer el deseo de ver a nuestro sexo igualar o sobrepasar a los hombres, no en belleza solamente, sino en ciencia y en virtud: no puedo sino rogar a las virtuosas Damas que eleven un poco sus espíritus por encima de sus ruecas y husos y se apliquen a hacer comprender al mundo que, si no estamos hechas para mandar, al menos no debemos ser desdeñadas por aquellos que gobiernan y se hacen obedecer en los asuntos domésticos y en los públicos.

Y además de la reputación que nuestro sexo reciba por esto, habremos servido a la sociedad, puesto que los hombres se interesan por el estudio de las ciencias virtuosas, por miedo a la vergüenza de verse sobrepasados por estas a las que ellos han pretendido ser siempre superiores casi en todo, por ello debemos alentarnos las unas a las otras en tan loable empresa: de la que no debéis alejar ni distraer vuestra mente, ya dotada de muchas y diversas gracias, ni vuestra juventud y otros dones del destino, para adquirir este honor que las letras y las ciencias acostumbraron a dotar a las personas que las cultivan.

Si hay algo recomendable después de la gloria y del honor, es el placer que el estudio de las letras acostumbra a proporcionar lo que debe incitarnos a cada una: placer que es diferente de otras distracciones de las cuales, cuando se ha disfrutado tanto como se quiere, no podemos enorgullecernos más que de haber pasado el tiempo. Pero el [placer] del estudio deja una satisfacción tal que dura mucho más tiempo: pues el pasado nos hace gozar y ayuda más que el presente: porque los placeres de los sentidos se pierden y no vuelven jamás, y a veces los recuerdos son tan enojosos como los actos han sido deleitosos.

⁴ Traducción propia basada en la obra original y en la traducción al francés moderno de Berriot, (1985).

Además, las otras voluptuosidades son de tal naturaleza, que cualquier recuerdo que se tenga de ellas no nos sirve para volver a la disposición que teníamos y por mucha imaginación que imprimamos a la mente, aprendemos que no es más que una sombra del pasado lo que nos engaña y nos equivoca. En cambio, cuando ponemos por escrito nuestras ideas aunque después nuestro cerebro discorra incesantemente por infinidad de otros asuntos, sin embargo mucho tiempo después, releyendo nuestros escritos, volvemos al mismo punto y a la misma disposición que teníamos.

Nuestra satisfacción es doble, pues volvemos a encontrar el placer pasado que sentimos, o en la materia sobre lo que escribíamos, o en la comprensión de las ciencias a las que entonces nos entregábamos. Y además de esto, el juicio que sacan nuestras segundas concepciones de las primeras, nos proporciona una singular satisfacción. Estos dos beneficios que procura la historia os deben incitar a ello, estando segura que el primero no faltará a vuestros escritos, como en todos vuestros actos y comportamiento en la vida deberéis adquirir el segundo o no lo tendréis nunca, tan bien que lo que escribáis os satisfaga. En cuanto a mi, al escribir entonces estas obras de juventud, como al releerlas después, no buscaba yo más que un honesto pasatiempo y una forma de huir de la ociosidad: y no tenía intención de que nadie, salvo yo, las debiera jamás ver. Pero desde que alguno de mis amigos encontraron la forma de leerlas sin yo saber nada y, así como a gusto creemos a los que nos alaban me han hecho creer que debía sacarlas a la luz: no me he atrevido a rechazarlos, amenazándolos sin embargo con hacerles beber la mitad de la vergüenza que me reporten.

Y porque las mujeres no se muestran de buena gana en público solas, os he escogido para que me sirváis de guía, dedicándoos esta obrilla que os envío para aseguraros el afecto que os tengo desde hace tiempo y para animaros y que os entren ganas, viendo esta obra mía ruda y mal construida, de sacar a la luz otra que esté mejor pulida y con mayor merced.

Dios os conserve la salud.

En Lyon a 24 de julio de 1555, vuestra humilde amiga,

Louise Labé.

Labé reivindica el saber cómo una victoria, muestra de orgullo y de modestia afirmandose paradójicamente frente a las presiones de un contexto donde el destino se jugaba según el origen. Ya en su *Elegía II*, se interroga: “Mais qui pourra garder la renommée?” (“¿Quién podrá guardar la gloria?”), lo que muestra su humildad y lucidez con respecto a la mentalidad de su época: la búsqueda de gloria como factor de superación, altamente aconsejable pero sin llegar a constituir un fin en sí ya que el objetivo es la creación.

Ciertas frases de la “Epístola” proporcionan unas imágenes de este feminismo “avant la lettre” o profeminismo:

- Las mujeres hasta ahora han sido impedidas para el estudio de las artes y las ciencias. La nueva exigencia es la de la aplicación femenina a las ciencias y a las diversas disciplinas.
- Los hombres se equivocan al privar a las mujeres del saber. Ellas pueden aspirar a la gloria, a la fama y a la inmortalidad.
- Las mujeres son invitadas al estudio, única calidad que les pertenece y que procura, sobre todo, conocimiento de sí.
- Ella es el más claro ejemplo pues representa lo que aconseja. Joven, se ha beneficiado de las formas del “savoir vivre” que marcan el término de una educación femenina en la mayor parte de las sociedades: práctica de los instrumentos de música, canto y danza. En su juventud, su padre, amigo y mecenas de impresores y humanistas como Rabelais y sensible a las costumbres de la próxima Italia, donde las jóvenes bien nacidas y ricas recibían una formación casi idéntica a la de los varones, la hizo ejercitarse en la música, la equitación, la danza, los idiomas y antes de ser conocida por su poesía, era apreciada como una joven instruida.

Es un tiempo donde la musicalidad del verbo determina su poder expresivo, siendo la música esencial en su formación de poeta. En materia de expresión (adecuación entre fondo y forma) y de sinceridad (equilibrio entre verdad y armonía), sabe tocar diversos instrumentos: el laúd, la espineta, la viola, el violín, la flauta (preparación fructuosa para una poesía “sonora”, lírica, que recuerda la poesía oral de los trovadores).

- La mujer no es solamente bella, es como los hombres, pues puede igualarlos en ciencia y virtud.
- Exhorta a las mujeres que tienen la facilidad de consagrarse al estudio a que “eleven un poco sus espíritus por encima de sus ruelas y husos”; es decir, que estudien para conocerse mejor y ser útiles a la sociedad (una llamada a la rebeldía más importante de lo que aparenta).

La cultura es reconocida como la suprema calidad opuesta a la tradición que atribuye a las mujeres el vestido y el deseo de adorno como únicos méritos. Por eso, la actividad cultural es presentada como complementación interna a este deseo de adorno que es externo y porque las cosas son válidas por la mejoría que pueden aportar al alma pues lo que vale es lo que está ligado a la esencia (Zambrano, 2000).

Ella muestra su espíritu de universalidad y de concordia ya que lo que persigue es el bien de la sociedad, compuesta de la fusión espiritual de hombres y mujeres: la armonía universal.

- La cultura aparece como el instrumento por excelencia de emancipación femenina. La escritura permite a las mujeres la conquista de una verdadera

autonomía, así como la adquisición del derecho a ser tratadas como dignas compañeras en la gestión de la casa o la conducta en asuntos públicos.

La mujer no tiene necesidad de ser semejante al hombre para ser igual, los caracteres de los individuos trascienden la especificidad de los sexos.

- La solidaridad es unión de las mujeres para alentarse la unas a las otras en tan noble empresa.
- Incitación a la lucha que tiene como fin la conquista de un código de estudio, gloria y honor. Del estudio se obtiene un placer totalmente diferente a otras recreaciones pues no se trata solamente de pasar el tiempo. A través de la escritura, se tiene acceso al pasado permitiendo así aprender lo que se ha sido para mejor elegir y conocer el presente. El placer de la escritura es una fuente de sabiduría ya que permite la comparación, la reflexión y la meditación: un mejor conocimiento de uno mismo y una planificación del futuro en relación a ese pasado siempre presente por medio de la escritura; de lo cual se obtiene un doble placer: dominio de la memoria y hallazgo de un estado de espíritu pasado aumentado por la conciencia del camino recorrido, lo que se logra con la confrontación del sujeto consigo mismo.

Su contradicción final parece una humildad literaria, pero son fórmulas en boga en esa época (Clément Marot utiliza también la modestia literaria en el prefacio a *l'Adolescente Clémentine*). Lo que Labé plantea es la vocación de la literatura en el seno de una nación moderna de tipo centralista y con respecto a la literatura femenina cuya expansión en Lyon –sin olvidar a las poetisas llamadas “cortesanías ilustres” de la cercana república de Venecia– parece haber prefigurado la explosión de otros talentos femeninos. Es un fenómeno inscrito en el contexto de una democratización de la cultura, resultado de los grandes cambios sociales a su vez generadores de evolución lingüística. En una ciudad donde la sociedad era parecida a la actual (estructuras económicas mercantiles potentes, comunicaciones...), se solicitó a las mujeres salidas de la franja acomodada y aburguesada del pueblo fundar el mito que los legitimaba (Berriot, 1985).

¿La expresión femenina será el modo específico por el que las clases sociales en expansión tienden a marcar su nueva dignidad? Hipótesis que forma parte de una cuestión más amplia: ¿cómo explicar el mutismo de las mujeres desde el principio de los tiempos?

No pretendemos aquí responder a esto, sino resaltar una evidencia: la inmemorial discriminación entre dos órdenes de creación, de fecundidad. Se trata también de la enunciación del testigo que asume la autoridad de su ser sujeto, de un no-poder: dar testimonio de una experiencia sabiendo que no todo puede decirse. Muchas escritoras han utilizado esa enunciación para recusar tópicos sociales ofreciendo nuevas imágenes de las mujeres y de la subjetividad, delineadas sobre las pasiones del ser; especie de revuelta que lleva nuevamente a la eterna *Querrela de las mujeres*.

Los contemporáneos de Louise Labé afrontaron la correlación que existe entre los misterios de la fecundación y la metáfora elegida de la creación literaria, pues el tema del nacimiento, del origen, constituía una obsesión en esa época.

Labé representa finalmente el triunfo de la joven instruida frente a la figura de la madre todo poderosa en el interior del hogar pues no tuvo hijos y se mostró desafiante en el espacio público rechazando el “rol” principal que imponía la educación básica de las niñas: aprender a hacer labores (hilar, remendar la ropa, tejer) compaginándolas con cocinar y cuidar a los niños o al ganado. De ahí que su llamada a elevar su intelecto por encima de husos y ruecas, suponga una rebeldía fundamental contra el control patriarcal de la mujer virtuosa.

Conclusión

Podemos decir finalmente, que la capacidad de las mujeres de acceder a la totalidad parece muy raramente admitida a expresarse en la Historia y solamente a favor de algún cambio colectivo, como el Renacimiento, época de crisis y donde los escritores trataron de unir, en la fusión íntima del sonido y significado, las culturas oral y escrita. Y donde la noción de alma permitió expresar y reclamar la igualdad entre los individuos en una ideología burguesa donde el sujeto es el individuo que decide (Rodríguez, 1990).

La crítica feminista a la impostura del patriarcado (entramado de pactos que coloca el control de la sociedad en manos de los hombres apartando a las mujeres de las decisiones de las sociedades en las que viven) condena la exclusión de las mujeres del juego político sostenido por la construcción social de Género.

La *sororidad* -del término francés “sororité”- es la conciencia femenina de su sometimiento dentro de la estructura patriarcal y la revuelta ante dicha dominación (conciencia y rechazo del papel impuesto por el sistema patriarcal). Como suceso histórico, es tan antigua como la fraternidad o, al menos, una proto-conciencia de sororidad o solidaridad femenina. La política de las mujeres ha consistido en separar la autoridad del poder y establecer un orden simbólico pudiendo así imaginar que la sororidad ha sido el fermento de los pactos entre mujeres, sólo posible en la actualidad (acción y participación políticas) y comprenderla como una conciencia progresiva desde lo simbólico, que se plasma en posiciones políticas donde las hermanas la construyen entre individuos que mutua y libremente se la conceden, convirtiéndose en el camino hacia la lucha política feminista por el reconocimiento de la igualdad y la asunción de sí como subjetividad individualizada (Amorós, 1998).

La conciencia común que las mujeres han ido tejiendo sobre la necesidad de hermanarse con otras mujeres es algo positivo e históricamente detectable: ponerse una al lado de la otra para cuestionar y modificar la relegación a la que están sometidas por el dominio masculino.

Esta perspectiva de estudio vuelve a definir viejos problemas en términos nuevos y hace visibles a las mujeres como participantes activas, creando una distancia analítica

entre el lenguaje aparentemente estable del pasado y la nueva terminología; aunque el referente del poder sexo-género moldea y rebaja cualquier otro rango (la mujeres nos llamamos, sociológicamente hablando, en posiciones de desequilibrio); de ahí, las tensiones en la interacción social de las élites femeninas en la Historia (Amorós, 1988) .

Sólo los espacios de pares constituyen poder pues tiene un efecto potenciador, difusivo y homologador y así, se llama feminista todo lo que suponga ganar poder para las mujeres, ganar espacios de pares; tener la capacidad de afectar de la misma manera que aquella por la que se ve afectada, siendo un parámetro de potencia y emancipación en dirección a la equipolencia.

Así, podríamos definir el caso de Labé, hija y esposa de artesanos enriquecidos y amantes de las letras, como la visibilidad y la irresistible ascensión de la pequeña burguesía y de la individuación y recreación de una voz femenina que llama a un espacio de pares en el espacio público. Su voz prolonga la de Christine de Pisan, recogiendo el desafío de la “Querelle des femmes” -en ese momento, y en concreto en París, se trataba de la “Querelle des Amyes”- pudiendo considerar su “Epístola dedicatoria” como un manifiesto profeminista que prologa su obra donde -sobre todo la prosa: *Débat de Folie et d'Amour*- representa en teatro un mundo reconciliado que podría situarse en un feminismo universalista.

Recordemos que el feminismo ha existido siempre, en el sentido más amplio del término; siempre que las mujeres, individual o colectivamente, se han quejado de su injusto y amargo destino bajo el patriarcado y han reivindicado una situación diferente, un cambio, una vida mejor (Valcárcel, 1997).

Retengamos pues los sabios consejos de Christine de Pisan y la exhortación de Labé: guardemos nuestros conocimientos como un tesoro y construyamos nuestros discursos.

Referencias bibliográficas

- Amorós, C. (1988). *Mujeres, feminismo y poder*. Madrid: conferencia, 19 de diciembre.
- Amorós, C. (1998), ed. *10 palabras claves sobre Mujer (Patriarcado, Género, Diferencia, Igualdad, Autonomía, Ilustración, Feminismo, División sexual del trabajo, Acción positiva, Pacto entre Mujeres)*. Madrid: ed. Navarro.
- Berriot, K. (1985). *Louise Labé. La Belle Rebelle et le François nouveau, suivi des Oeuvres complètes*. Paris:Seuil.
- Capitani, S. (2009). *La escribana de París*. Barcelona: Maeva ed.
- De Cuenca, L-A (1990). *Marie de France*. Madrid: Siruela.
- Lemarchand, M-J (2000), ed. *Cristina de Pizan. La ciudad de las damas*, Madrid:Siruela.
- Miles, R. (1989). *La mujer en la historia del mundo*. Barcelona: Civilización ediciones, S.L.
- Koczorowski, S-P (1925). *Louise Labé. Étude littéraire*, Paris: Champion.
- Pernoud, R. (1980). *La femme aux temps des cathédrales*. Paris: Stock.
- Pernoud, R. (1982). *Christine de Pisan*, Paris: Calman-Lévy.
- Rodríguez, J-C (1990). *Teoría e historia de la producción ideológica. Las primeras literaturas burguesas*. Madrid: Akal.
- Valcárcel, A. (1997). *La política de las mujeres*. Madrid: Cátedra.
- Zambrano, M. (2000). *Hacia un saber sobre el alma*. Madrid: Alianza Editorial, -Fundación María Zambrano-